

P. Jara Carrillo

Relámpagos



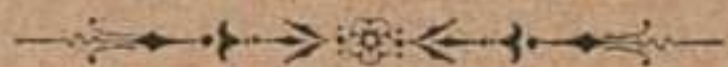
MURCIA

Imp. Vda. de J. Perelló.

1902



UN TELEGRAMA



Monólogo

POR

Pedro Jara Carrillo.

Estrenado en la función á beneficio de las fiestas mercedarias, y representado por el jóven actor

D. Antonio Ródenas

FRANCISCO GINER HERNANDEZ
MÉDICO
MURCIA

MURCIA

834.—Tip. Vda. de J. Perelló
1901

R 378.489



x

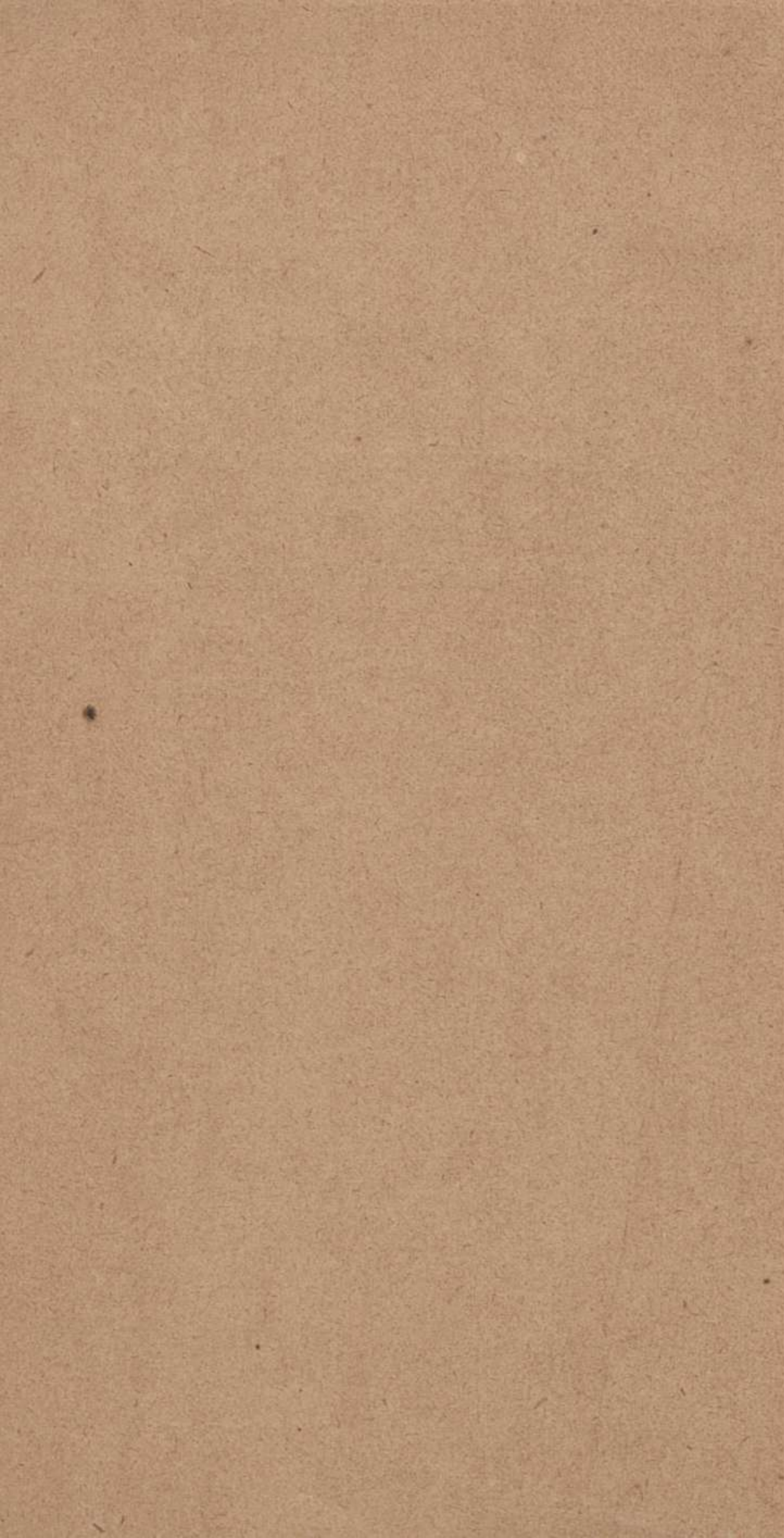
*A mi querido paisano D. Emilio
Lopez Palacios, dedico estos primeros
ensayos dramáticos, que no valen tanto
como la voluntad del autor, pero pue-
den pasar como una prueba de afecto
entrañable.*

EL AUTOR.



DMU
13888

kt. 235598
cb. 1476613



MONÓLOGO

La escena representa una central de telégrafos donde habrá aparatos, timbres, etc. A la izquierda una ventana practicable.

ESCENA ÚNICA

(El personaje asomado á la ventana).

La noche está de tormenta;
el cielo oscuro y sombrío
está, y el corazón mío
apenas late ni alienta
en triste letargo impío.

Oscuridad y misterio,
sombras dentro, sombras fuera...
ni una ráfaga ligera
cruza en ese cementerio
infinito de la esfera.

Esta ansiedad me devora,
y esa oscuridad sombría
luto enderredor envía,

y hasta parece que llora
de una madre la agonía.

Solo el viento en raudo vuelo
turba esa maldita calma
al rasgar tan denso velo...
¡Cuánta negrura en el cielo!
¡Cuánta negrura en el alma!

(Se sienta en la mesa donde están los aparatos)

Tal vez moribunda espere
mi madre en su triste lecho,
que le de en abrazo estrecho
todo el amor que hoy me quiere
la muerte arrancar del pecho.

Acaso en mortal delirio
me llama y no puedo ir;
algo me quiere decir
y sufre el triste martirio
de no mirarme al morir.

Desde este oscuro rincón
donde mi deber me encierra,
la contemplo en mi ilusión
y parece que la tierra
gravita en mi corazón.

Triste situación la mía;
hondo y penoso deber

el que el destino me envía:
¡mi madre está en la agonía
y yo no la puedo ver!

Tal vez en este aparato
marque la cinta azulada
con estrépito insensato
una palabra... el relato
de un ser que rodó á la nada.

(Mostrando una carta que tiene en la mano)

Su carta claro lo expresa;
carta que mi madre ha escrito
sobresu lecho bendito
y en la que triste confiesa
su dolor grave y maldito.

Otra vez quiero leer
estos renglones trazados
por quien no volveré á ver,
y sus alientos beber
sobre el papel exhalados.

Es el llanto de sus ojos,
es su caricia postrera,
es su boca que me espera
para darme los despojos
de mi ventura primera.

Es el alma que zozobra
cuando el naufragio sintió;

es suspiro que voló
hacia mí; porque le sobra
todo faltándole yo.

(Leyendo)

«Hijo, si acaso algún día
»llegara á tí este papel,
»bésalo que en mi agonía
»la mitad del alma mía
»mis ojos vierten en él.

«Te escribo á oscuras, temblando,
»transida por el sufrir
»de no abrazarte, y llorando,
»mis lágrimas van borrando
»lo que consigo escribir.

«Tan lejos estás de mí
»que no te volveré á ver...
»¡qué sola que muero así!
»hijo, acuérdate del ser
»que muere pensando en tí.

«El cielo y la mar bravía
»impiden que oigas mi acento
»mas cruzarán á porfía
»ese cielo el alma mía,
»ese mar mi pensamiento.

«No puedo más, hijo mío;
»ya mis miembros se estremecen

» y mis ojos se oscurecen...
» voy á morir, siento el frío
» de los seres que fallecen...

« Ya que moribunda estoy
» te beso con embeleso,
» y poco á poco me voy
» muriendo... y es que te doy
» toda mi vida en un beso.

« Y por eso si algún día
» llegara á tí este papel,
« guárdalo, que en mi agonía
» la mitad del alma mía
» mis ojos vierten en él ».

(Suena el timbre del aparato y se levanta aterrado)

Ya empieza el timbre á sonar...
pena igual que mi tormento
es imposible encontrar...
ahí se encierra un pensamiento
que tal vez me vá á matar.

¿Qué quieres decirme, dí?
¿Que ya mi madre se ha muerto?
¡Qué nuevo mal, ay de mí,
viene á torturarme así
y á matarme?... ¡y si no es cierto?

¡Dios mío, qué negro instante!...
quiero correr y no puedo;

mi cerebro vacilante
siente ansiedades y miedo
de ese sonido vibrante.

Y mi corazón batalla
y quiere romper los lazos
con que oprimido se halla;
y es un huracán que estalla
haciendo el alma pedazos.

Es torrente que en el pecho
con ruda y tenaz porfía
á los cielos desafía;
es un infierno deshecho,
en una blasfemia impía.

Es sol que mide indolente
los abismos que colora
moribundo en occidente,
y lucha, vacila, siente,
tiembla, teme, duda y llora.

Es sol que en rauda caída
esos abismos traspasa,
y es la tiniebla vencida
sembrando por donde pasa
sombra y luz, inercia y vida.

Y pues ya á mi pecho inerte
nada le aterra ni asombra
porque es su dolor tan fuerte,

quiero la vida ó la muerte,
quiero la luz ó la sombra.

(Mirando al aparato dice con valentia y decisión).

Voy á tí como el torrente
que del peñón se derrumba,
como al abismo la fuente,
y el pájaro á la serpiente
y el cadáver á la tumba.

Como el aire vá al vacío
y el pensamiento al azar;
como la flor al estío,
como las lluvias al río,
como las nubes al mar.

Como á su lecho amoroso
ván mis ardientes suspiros:
como el rayo luminoso
busca el centro tenebroso
con vertiginosos giros.

Como en fatal movimiento
la luna y la tierra ván
circundando el firmamento;
como las aves al viento
y al espacio el huracán.

(Se aproxima al aparato con decisión)

Rueda, escribe sin tardar;
dá al papel el pensamiento

que me tiene que matar;
¿A qué alejar el tormento
si al fin tiene que llegar?

(Después de leer el telegrama)

No es para mí: Ya respiro,
me pareció que me ahogaba,
que era el último suspiro
que mi madre me mandaba
en este papel que miro.

De ese monótono son
los golpes rudos sentía
dentro de mi corazón...
¡Cielos que veis mi agonía,
tened de mí compasión!

O alejad mi desventura
ó dádmela de una vez;
venga el bálsamo que cura
ó el veneno hasta la hez
que corte mi calentura.

(Se asoma a la ventana y suena un trueno)

Está el universo en guerra
como está mi pensamiento;
no me asusta, no me aterra,
que es huracán mas violento
el que en mi pecho se encierra.

El trueno ruge potente
pero se apaga enseguida;
mi rugido es permanente
y ha de sonar en mi mente
mientras me quede á mí vida.

Y esas lágrimas que el cielo
vierte triste y dolorido,
van á un pecho agradecido;
pues cada gota en el suelo
es una flor que ha caído.

Pero estas que al sollozar
mi corazón triste arroja,
ya no pueden esperar
ser que las pueda enjugar
ni suelo que las recoja.

(Se oye otra vez el timbre)

¡Cielos! El timbre fatal
repite el mismo sonido...
parece que no es igual,
tiene algo de sepulcral
que el corazón ha sentido...

Un vago presentimiento
vá renaciendo en mi mente
más negro que el firmamento;
siento arder mi pensamiento,
siento abrasarse mi frente.

Engáñame, corazón;
no me digas la verdad
por Dios en esta ocasión;
haz que pierda la razón
ó tenme en esta ansiedad.

(Sigue el timbre)

¡Otra vez! ¡Maldito sea
ese afán tan inaudito!
Me está matando una idea,
y es la muerte que aletea
en ese timbre maldito.

(Aproximándose)

(Lucha la pasión amante
y el deber... ¿Quién podrá más?)
En esta ansiedad constante
grita el deber:... ¡Adelante!
y dice el amor:... ¡Atrás!

(Comienza el aparato á funcionar):

Comienza, aguja, á escribir
cuánto de mi madre sabes...
¿Cielos, podré resistir?...
siento que voy á morir
cuando el telegrama acabe.

.....

(La rueda funciona, el actor lee el telegrama
que sale).

.
.
¿Pero es cierto lo que leo?
¡Muerta mi madre! ¡Dios santo!
no es verdad, no, no lo creo,
si aun la siento, si aun la veo
que viene á enjugar mi llanto.

(Arrojando el papel)

Mientes, papel embustero,
vete á ser lodo en castigo;
te detesto, te maldigo...
¡parece que el mundo entero
quiere ensañarse conmigo!

(Transición)

¡Triste ilusión! todo es cierto
todo es verdad, verdad triste;
aunque mi amor se resiste,
¡es verdad que ya se ha muerto,
es verdad que ya no existe!

Es verdad que en estos brazos
ya no la veré jamás;
la muerte rompió los lazos
y ya no sentiré más
sus besos ni sus abrazos.

Es verdad que aquellos ojos
como una luz extinguida



ya son dos soles sin vida,
ya son infaustos despojos
entre tierra removida.

(Asomándose á la ventana)

Y la tempestad rugiendo
y el trueno fatal bramando,
cielos y tierra luchando
y el relámpago queriendo
besar la tierra matando.

(Con energía)

Relámpago luminoso
que vas al lecho caliente
de aquel hogar doloroso;
con tu aliento poderoso
besa á mi madre en la frente;

y tu chispa destructora
vuelva á este oscuro rincón
y traiga mi última hora
como paz consoladora
partiendo mi corazón.

Nubes que sois mensageras
de los pensamientos míos
y sabeis cruzar ligeras
las infinitas esferas
dando caudal á los ríos;

puesto que sabeis volar,

id aquél lejano suelo
á ver si sabeis llevar,
llanto al hogar de mi cielo,
luto al cielo de mi hogar.

Tempestad ruda y sombría
que con tus potentes vuelos
me cubres la luz del día,
ocultando al alma mía
esa región de los cielos;

ruge, destruye, agiganta
tus fierezas y tus bríos,
á ver si tu furia es tanta
que lleguen á mi garganta
los caudales de los rios.

Sólo tú has de consolarme
desde esa altura en que subes;
á ver si puedes matarme,
¡á ver si pueden ahogarme
las tinieblas de tus nubes!

Quiero saber el misterio
á que me condena así
de la vida el cautiverio...
¡todo el mundo es cementerio
y no hay tumba para mí...!

(Telón rápido)



POESÍAS

LAS HOJAS SECAS

Cuando las hojas caigan
rodando por la tierra
y el viento del Otoño
suspire de tristeza,

rogad por una virgen, la virgen de mi alma
que rodará con ellas.

¡Qué cerca está la tumba
de mi ilusión, qué cerca!

Cuando las hojas caigan, cuando el Otoño triste
en mudos esqueletos los árboles convierta;
cuando la vida acabe de los fecundos gérmenes
por valles y por vegas,

entonces es la hora... ¡Rezad por mis amores
que irán hacia la tumba como las hojas secas!

Crepúsculos risueños, benditas esperanzas,
alegres ilusiones de mi pasión primera;
caricias de mi alma, suspiros de mi vida
con que soñé en mis horas hermosas y risueñas...
volad cuando las hojas, rodando por el suelo,

se alejen y se pierdan...
¡Y pasarán los días
con su mortal carrera...!
¡Y llegará el Otoño
con sus alientos fríos y con sus alas negras!
Desnudarán sus ramas los árboles fecundos
que las llanuras pueblan,
y doblarán las flores los pomos amarillos
de sus corolas muertas...

No habrá para su caja coronas; no habrá un tallo
fragante y tierno y puro... no encontraré siquiera
las rosas del verano con que adornar su tumba
porque estarán marchitas, porque estarán ya
secas...

¡Todo se vá en Otoño,
todo se vá y me deja...!

Canciones de mi alma, quedad, quedad conmigo
para que yo la llore, para que yo la sienta:
vosotras les dareis alientos á mi vida
y forma á mis pesares y vuelos á mis penas,
cuando las hojas caigan y el viento las arrastre
rodando por la tierra.

• • • • •

La muerte está en acecho.
Cuando la noche empieza,
en torno de su estancia
la siento que aletea...
¡Ha tiempo que la muerte
sobre su lecho vela...!

Por eso siento frío
cuando me encuentro cerca
del ángel de mi vida:
por eso es mi tristeza...
Por eso no abandono los muros de su estancia,
á ver si así no llega...

No pienso en otra cosa... Ya siento yo el
Otoño

rugir dentro del alma, luchar en mi cabeza;
ya siento yo en mis sienes latir esos crepúsculos
tan pálidos y tristes de la oración postrera;
ya miro los desnudos ramajes que se mueven
gimiendo unas plegarias que por los aires vuelan;
ya siento en torno mío, como salmodias tristes,
rumores de hojas secas;

ya siento el torbellino de alegres ilusiones,
de hermosas esperanzas y de caricias tiernas,
lo mismo que las hojas
rodar sobre la tierra...

¡Rezad, que es el entierro
de mi ilusión primera...!

Abierta está la tumba;
la muerte en torno vuela
de aquellos ojos negros... parecen las pestañas
sus tristes alas negras...

Las flores palidecen lo mismo que su rostro;
las hojas van cayendo, las horas están cerca...

Muriendo tengo el alma
de miedo y de tristeza...

¡Todo se va en Otoño!

¡Todo se va y me deja...!

LA OLA NEGRA

Allá va otro cadáver arrastrado
por la ola negra; su fatal corriente
en su lucha cruel es inclemente,
todo cede á su aliento envenenado.

Otro girón del alma me ha arrancado
y aún zumba su turbión sobre mi frente,
como zumban las aguas del torrente
por lóbrego reducto despeñado.

Otro cadáver más que el mundo olvida
y que mi vida en soledad convierte,
donde el alma sin rumbo va perdida.

Dudo ya, por lo infausto de mi suerte,
si es la muerte el imperio de la vida
ó es la vida el imperio de la muerte.

OTOÑAL

Del pálido Otoño las ramas cantaron
con triste rumor,
la canción que las hojas dejaron
en el árbol sin fruto y sin flor.

Las tristes campanas tocando, parece
que quieren llorar;
y es el viento, gigante que mece
el sudario flotante del mar.

Crepúsculos grises derraman sus luces
de muerta ilusión,
y desnudan sus brazos las cruces
implorando la triste oración.

Detrás de las puertas de aquella ventana
que está á medio abrir,
llora el padre á la virgen temprana
que en el mundo acabó de vivir.

La lluvia menuda, con múltiples gotas,
azota el cristal,
y parecen las débiles notas
que salmodian algún funeral...

Las ramas, las hojas, las tristes campanas,
la sombra y la luz,
el gemir de las cosas humanas,
el continuo implorar de la cruz,

su canto de Otoño prodigan al mundo
que empieza á sentir
ese frío del ser moribundo,
que la tisis condena á morir.

• • • • •

También del Otoño palpita en mi mente
la brisa glacial,
y en el alma resuena potente
convertida en atroz vendaval...

La siento; y á veces medito con calma
llorando un amor,
que el Otoño que se entra en el alma
no tiene otro estío con nuevo calor.

MÁSCARAS



Sólo una vez por un azar se vieron
y entonces se miraron frente á frente;
algo debió de ser muy elocuente
lo que aquellas dos almas se dijeron.

Sin pensarlo tal vez, promesa hicieron
de amarse en loco afán eternamente;
pero después, del mundo en la corriente,
por distintos caminos se perdieron.

A él con otra mujer lo ví otro día
y á ella que de otro brazo se cogía
como cuatro amorosos ruseñores...

No me extrañó; que es cosa ya olvidada
que el mundo en su continúa mascarada
disfraza los amores con amores.

LA CANCIÓN DE LOS ÁLAMOS

A mi amigo LUIS PERELLÓ

Cuando el recio rumor de la vida
me aburre y me cansa,
tengo yo mis mejores amigos
que siempre me esperan y nunca me faltan.
A la vega me voy á buscarlos,
á la vega profusa y lozana
donde tienen los álamos verdes
mansión solitaria.

Temblando de gozo, los árboles esos
que mueven sus hojas, me dan en sus ramas
á mi cuerpo la sombra querida
y su grato silencio á mi alma.
Y he llegado á notar cuando miro
ese frágil temblor de esmeraldas,
esas hojas de verde y de blanco
con eterno rumor de plegarias,
que el álamo llora,

que el álamo habla...
Muchas tardes sentí sus canciones
sonoras y claras
que el viento se lleva
sin rumbo en sus alas.
Las sé de memoria,
las llevo en el alma;
dice así cuando muere la tarde
la canción que los álamos cantan:

«Yo soy el mendigo,
el pobre que pasa
las horas del día
tendiendo al viajero sus débiles ramas...
Yo soy el mendigo
con penas y lágrimas,
que ni presta su fruto á la tierra
ni las flores le prestan sus galas...
Mi vida es la vida
de aquél que ni patria
ni hogar ni ventura
encontró en su vejez solitaria...
Nací como nacen
las huérfanas plantas
y me muero de sed y no tengo
ni siquiera una gota de agua...
Yo soy el mendigo que pide en la vega
tendiendo los brazos que el viento desgaja,
su amor á los cielos,
su fruto á la savia;
mas ni frutos ni esencias ni flores
cobijan mis hojas ni entienden mis ansias.
Ni siquiera el Otoño tirano
desnuda mis ramas...

Ni siquiera mis hojas encuentran
descanso y mudanza...

Ni siquiera se mueren de frío,
ni siquiera la tierra las llama;
hasta el suelo les niega descanso
y la tierra también los rechaza...»

• • • • •
Del álamo triste
silencio profundo guardaron las ramas;
cesaron las hojas
que há poco temblaran;
la fiebre le infunde
sopor de nostalgias
y mirando, mirando á la tierra,
parece que reza, parece que habla...

• • • • •
Yo siento su fiebre,
yo siento sus ansias,
yo escucho con pena
sus quejas amargas...
y parece que tienen sus cantos
rumor de oraciones, sabor de plegarias.

La canción del humilde parece
más bien lo que canta,
y al cantar sus miserias no quiso
nombrarme su sombra ni hablar de sus gracias.
La sombra apacible,
la sombra que ampara,
la que es del mendigo

hogar que le aguarda,
la que busca el labriego afanoso,
la que enjuga el sudor de la cara,
la que buscan los brazos cansados
después que á la tierra le dejan el alma...

No importa, no importa que no tengas fruto,
que no tengas flores, que no tengas agua...
que te falte el amor de los cielos,
que tus hojas á Otoño no caigan,
que les niegue una tumba la tierra,
que les niegue su vida la savia...

Para frutos, los frutos que ofrecen
tu cantar y tu sombra y tus ramas;
las ramas que encierran
mi amor y mis ansias;
que rezan si rezo,
que lloro y que lloran, que canto y que cantan.

LA SED DEL ALMA

Ese no es el amor que yo quería...
Yo quiero contemplar áureos albores
más que tocar el sol; que en sus ardores
en vez de hallar placer, me quemaría.

Yo quiero la frescura y la ambrosía
aspirar en los tallos de las flores:
no troncharlas matando sus colores,
porque marchitas ya, las tiraría.

Yo quiero el agua pura y trasparente
en diáfano cristal, cuando agobiado
mi pecho por la sed, afanes siente;

no arrojarme en el mar alborotado
como si fuera cristalina fuente,
para apagar mi sed muriendo ahogado.

MAÑANA DE PASCUA

Es *Noche Buena*. El pueblo se divierte
corriendo por las calles y las plazas;
se escapó la alegría de los pechos
en báquica algazara.

Sonidos de panderas y zambombas
y el alegre rasgar de las guitarras
llegan á mis oídos, traspasando
balcones y ventanas.

Y yo que siempre en el cantar del pueblo
encuentro algunas notas que son lágrimas,
pienso en los hijos que sin madres duermen
en medio de la plaza.

Con este pensamiento en mi cerebro
me levanto también por la mañana,
cuando miro empañados los cristales
con lágrimas de escarcha.

Y al ver que alguien enjuga con un paño
las gotas del cristal, siento en el alma
compasión por la huérfana *caterva*
que en la calle descansa...

Ellos no tienen nadie cuya mano
enjugue el llanto helado en sus pestañas.
¡No extrañe el mundo que empañado tengan
el cristal de sus almas!

MAREAS



I.

Aplausos y laureles y caricias
me dió la gloria ayer;
por donde quiera que volví mi rostro
unos brazos abiertos encontré.


Gocé, reí, gozaron y rieron
todos igual que yo;
cuando brindé placeres me brindaron
el hombre apoyo, la mujer amor.

II.

Luego rodé del mundo en la pendiente
luché con el azar,
sentí penas amargas, muy amargas,
pedí auxilio al amor y á la amistad.

Busqué en torno unos brazos, un apoyo
donde poderme asir;
y nadie quiso recoger mis lágrimas;
á nadie en torno de mi estancia ví.

LA CRUZ NEGRA



A la orilla del camino
de la vega solitaria,
pide un madero mezquino
al errante peregrino
para un muerto una plegaria.

Una cruz tosca, enmohecida,
puesta allí como señal
del término de una vida
que en manos de un homicida
puso un cobarde puñal,

sus negros brazos ofrece
á quien por allí camina
sin otro ser que le rece,
que el trueno que la extremece
y el rayo que la ilumina.

Nadie se para un momento
ni jamás tuvo otra luz

que el relámpago, y el viento
que deja un triste lamento
al pasar junto á la cruz.

Y de aquél muerto infelice
no muestra un mármol su nombre
que su memoria eternice..
Solo aquella cruz nos dice:
—mortal, aquí murió un hombre;

tal vez de su hogar lejana
la sepultura ha tenido,
tal vez le esperan mañana
un hijo, un padre, una hermana.
alguien que llora afligido.

Pero el viajero medroso
allí su paso acelera
y del sitio misterioso
no turba el triste reposo
ni una plegaria siquiera.

Y la cruz sin esperanza
dobla al suelo sus pedazos
con justa desconfianza...
¡Espera algo que no alcanza
y ya se rinden sus brazos!

Y cuando las otras cruces
tienen en sus panteones
gente que llora de bruces
y catafalcos y luces
y coronas y oraciones,

la cruz negra, sola y triste
que en la oscuridad sombría

el fiero huracán resiste,
ni un paño negro la viste
ni el mundo una luz le envía.

Pero ruge la tormenta,
resuena el trueno potente
como un ser que se lamenta,
el rayo su luz aumenta,
el fiero huracán se siente,

y aquella cruz solitaria
de la orilla del camino,
sin lápida funeraria
ni siquiera una plegaria
del errante peregrino,

no envidia los panteones
floridos y deslumbrantes...
las sombras le dan crespones,
el huracán oraciones
y el rayo luces brillantes.

LA CARCOMA

Todas las noches oigo ese ruido monótono y tenaz de la maldita; es la carcoma que en el marco habita de un fiel retrato de mi amor perdido.

De la madera el polvo desprendido el aire en torno de la estancia agita, y la imagen, borrosa ya, gravita entre aquél esqueleto carcomido.

Dentro del pecho con igual faena devora la carcoma de una pena mi muerto corazón sin paz ni calma.

Como el marco caerá también deshecho; pero aunque en polvo me convierta el pecho, no borrará su imagen de mi alma.

LA VENGANZA DE LAS FLORES

I

Como guardando el lecho
de aquella virgen casta,
creció la enredadera
cubriendo con sus tallos la ventana.

Y cuando el sol salía
besando aquellas plantas,
dejando el blando lecho
la púdica doncella, con el agua
donde bañó las rosas
hermosas de su cara,
las flores de la reja
coa cuidadosa mano rociaba.

II

Y dicen que una noche
la reja tapizada,

no estaba como siempre
traspasando luz y solitaria.

Un hombre, entre los hierros
sus manos apoyaba
y por el suelo y mustia
se vió ya alguna flor á otra mañana...

Parece que las flores
á veces lloran ansias
y lloran desengaños...
¡Estas que ví caidas eran lágrimas!

.
La pálida doncella
alguna vez exclama:
¡Así se mustien todas
las flores que tú cojas, al tocarlas!

III

Y dicen que los cielos
oyeron sus palabras:
á otra mujer el mozo
con ciego frenesí le dió su alma,
y fué al altar con ella
mientras muriendo estaba
la que, esperando siempre,
pasaba todo el día en la ventana.

Azahares en el pecho
con profusión llevaba
la novia que del brazo
de aquél galán perjuro fué ante el ara.

Marchitos los azahares,
sus cálices doblaban
y ante la cruz bendita
rodaron desde el pecho de la dama...

Si es cierto que en las vírgenes
tierno el azahar se guarda,
la venganza terrible de las flores
fué digna de las otras deshojadas.

CAÍN

—Sígueme, Abel—Y Abel con la inocencia de su alma virgen, lo siguió al momento; como estaba de negro el firmamento, de Caín era negra la conciencia.

Y á impulsos de su cínica demencia rugió en aquella mente el pensamiento, como el mar cuando mueve turbulento olas salvajes en brutal violencia.

Sucumbió la virtud bajo su mano y el cielo, vengador de aquél hermano, vivaces luces fulminó iracundo.

Mostró la sangre el rayo luminoso, y el trueno dió un lamento doloroso estremeciendo con su voz al mundo.

EL CANTAR DE MAYO

Yo soy Mayo, el de las flores,
el emperador del año,
el que triunfó en la batalla
para verse coronado
de perlas y de diamantes,
de verdores y de láuros;
es mi corona de estrellas
y de guirnaldas mi manto,
de oro la luz de mis soles,
de rosas mi imperio mágico,
mis crepúsculos de dichas
y de arcángeles mis cantos.

El amor duerme en mi pecho,
yo lo acaricio y lo amparo,
y lo beso y se estremece,
me besa y sigue soñando.

De filigranas son todos
mis templos y mis palacios,
y el ara de mis altares
de jazmines y de nardos.

Cielo puro, mar tranquilo,
dulce brisa, tibios rayos,
alba luna, noche espléndida,
luz radiante, verdes prados,
olas de rizada espuma,
arcos triunfales de pámpanos,
rumores de claras fuentes,
cantares de alegres pájaros,
blandas alfombras de mirto
y de lirios matizados.

Ninfas de formas turgentes
que amor llevan en sus labios,
nubes de color de rosa
como un infinito palio,
inciense de azahar purísimo
que exhalan los incensarios
que forman en los jardines
los pomos de los naranjos;
ilusiones, esperanzas,
sueños de amor, dulces cánticos,
jamás es más rico el suelo,
jamás el cielo es más diáfano,
nunca más luz tuvo el mundo,
ni jamás fué tan fantástico.

Tiene en mí la primavera
trono en nácares labrados,
dosel de niveos cendales,
cetro de diamantes áureos,
ropaje de tiernas rosas,
bucles de lirios pintados,
lluvias de soles los cielos,
lluvia de espigas los campos.

La cruz preside sus naves,
la cruz santa del Calvario,
á la que rinden las flores

tributo rústico y santo,
á la que entonan sus himnos
mares, jardines y pájaros;
la cruz que ofrece la vida
en sus inmutables brazos,
donde murió el que á los mundos
les dió movimiento raudo,
color y esencia á las rosas,
frutos y plantas al campo.

Yo soy la luz, soy la vida,
soy el soñador y canto
amor de vírgenes castas
y sueños de amores castos;
soy fecundidad hermosa,
soy la lira de los bardos,
soy el cantar de las flores,
soy la alegría, soy Mayo.

LA TRILLA



La parva está tendida. Como raudales de luz, el sol naciente vierte un tesoro; el labriego y las aves cantan á coro y los cantos parecen marchas triunfales.

Del polvo que alza el trillo, las espirales se elevan con el dulce cantar sonoro; y son los haces liras con cuerdas de oro rasgadas por cilindros de pedernales.

Cuando cierra la noche, dorado lecho al labrador ofrece la blanda cuna de aquél rico y brillante trigo deshecho.

Parece el regio alcázar de la fortuna que entre raudales de oro reclina el pecho y con lluvia de plata cubre la luna.

Los Esclavos



DIÁLOGO

ESTRENADO EN EL TEATRO-CIRCO VILLAR DE MURCIA

LA NOCHE DEL 7 DE DICIEMBRE DE 1901

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

Zaida (esc'ava mora).	SRA. RAMIREZ (R.)
Manrique (caballero español).	SR. BALERIOLA (A.)

La escena es en África; tiempo, la edad media.
—Es de noche.

ACTO ÚNICO

La escena representa una habitación subterránea, que es una prisión, en la que habrá un banco de piedra y una cama de paja.—Un resorte de salida.—Al foro, puerta cerrada.—En uno de los laterales, una ventana pequeña.

ESCENA 1.^a

Aparece MANRIQUE recostado en el banco y atado con una cadena; hace como que despierta de un sueño profundo. Mirando á todos lados.

MANRIQUE. Fué una ilusión ¡Donde estoy es en mi oscura prisión... Voló la imaginación tan lejos de aquí... Y aún soy esclavo!... Fué una ilusión!

Apenas quedo durmiendo cuando ya mi alma se olvida de su cárcel... es mi vida

el instante en que estoy viendo
aquella patria querida.

¡He soñado! Siempre igual!
Con lo que sueña un soldado
de su patria desterrado...
con aquél suelo natal
que es por dos veces sagrado.

Un año ya sin que el sol
sobre mi frente fulgure,
ni una esperanza que augure
mirar mi cielo español...

Es preciso que yo apure
todo el resto de mi vida
con la esperanza perdida
de mi madre y de mi tierra,
sin encontrar la salida
de esta tumba que me encierra.

Un año ya de tormento,
un año de sufrimiento
que me envejece y me mata,
sin ver la espuma de plata
que con mi mar forma el viento

Sin escuchar los cantares
de las aves bulliciosas,
sin ver las costas hermosas
de aquellos tranquilos mares
de mis tierras venturosas.

Sin que el sol me dé su luz
ni sus aromas las flores

ni mi cielo sus colores
ni sus brazos una cruz,
donde llorar mis doleres.

Prisionero del Sultán
por mi rey y por mi Dios
por quien mis ansias serán;
porque siempre vivirán
en mis ensueños los dos.

Lejos de mi hogar bendito
sin esperanza ninguna
de que me alumbre su luna,
sobre aquél cielo infinito
que amante cubrió mi cuna.

En un miserable lecho
y en una oscura prisión,
sin escuchar más canción
ni ruido, que el del pecho
al latir mi corazón,

Y no encuentro un enemigo
que me ultraje y que me afrente,
ni quien á mí se presente
atreviéndose conmigo
para luchar frente á frente.

(Levantándose y con energía e. form. de reto).

Sultán, si son tus hazañas
matar en viles encierros
á tus esclavos, cual perros
que con mendrugos engañas
resguardado por sus hierros,

ven que aquí te desafía
quien tu sangre no se bebe,
porque es tal tu cobardía
que tu cara no se atreve
á presentarse á la mía.

¡Maldito de Dios, cobarde!
¿Tú eres de la raza altiva
que de valor hace alarde?
Vendrás, sí, mas será tarde,
vendrás cuando yo no vivá.

Vendrás cuando ya no pueda
alcanzarte con mi mano;
vendrás cuando el castellano
su vida á la muerte ceda
después de llamarte en vano.

Ven aquí, muestra tu arrojo
arrogante y altanero,
choque tu acero en mi acero,
opón tu enojo á mi enojo
que te llamo, que te espero.

Yo quiero ver si tu raza
que en tí el poder deposita,
de mi sangre necesita...
¡Más que de héroes, teneis traza
de lobos, raza maldita!

(Se vuelve á sentar pensativo)

Nadie acude, nadie viene,
todo calla en torno mío;
este silencio sombrío

es el silencio que tiene
sin duda el sepulcro frío.

Y por eso es mi sufrir
mayor con este vivir;
no hay tormento tan profundo
que estar como yo en el mundo
condenado á no morir...

Patria mía, cielo hermoso,
ya no te volveré á ver;
no espero nunca volver
á ese suelo prodigioso
de mis venturas de ayer.

Madre del alma, te mando
mi amor grande como el mar:
tú me estarás esperando
sin consuelo... ¡Cuándo, cuándo
te volveré yo á besar!

Queda pensativo y se abre la puerta del foro dando paso á
Zaida. La escena es á oscuras.

ESCENA 2.^a

MANRIQUE Y ZAIDA

MANRIQUE. Quién es? Quién va? Quién la puerta
de este calabozo ha abierto?
Tuvo mi voz el acierto
de que la oyera el Sultán?
Pues, vive Dios, que me place
y aún á ésta cadena atado,
que aún tengo aliento sobrado
mis manos demostrarán.

ZAIDA. Soy yo, cristiano, soy Zaida,
la que su deber olvida
y por tí expone su vida
para salvarte no más.
La que en medio de las sombras,
tus lamentos ha escuchado
y este puñal ha clavado
á un esclavo que ahí verás.

La que se pasa las noches
oyendo junto á tu reja
la melancólica queja
por tu patria y por tu Dios;
la que enamoró tu llanto
y adora tu bizarría,
la que por tu amor iría
de tus pasos siempre en pos.

MANRIQUE. Cielos! Son delirios míos?
Un ensueño? Una quimera?

ZAIDA. No, que tu patria te espera
y te doy la libertad.

MANRIQUE. Tú me conoces?

ZAIDA. Yo nunca
pude verte cara á cara;
pero mi amor ya te ampara
un año en la oscuridad.

Todas las noches te escucho
tras de esos hierros sentada
por las sombras resguardada
y acariciando el puñal.

MANRIQUE. Y eres mora?

ZAIDA. Del harém.

MANRIQUE. Quién te trajo aquí?

ZAIDA. Tus duelos.
MANRIQUE. Y qué me ofreces?
ZAIDA. Consuelos
para remediar tu mal.

MANRIQUE. Tienes madre?
SÍ, la tengo;
un año hace ya que llora
esperando hora tras hora
lejos, muy lejos de aquí.

ZAIDA. Quieres verla?

MANRIQUE. Que si quiero!
Es mi esperanza más bella...
Pues ¿por quién sino por ella
estoy yo viviendo así!

ZAIDA. La verás! Vas á ser libre!

MANRIQUE. Libre yo!... Pero eso es cierto...?
¿Es que para mí no han muerto
esas esperanzas ya?
¿Quién eres tú que así quieres
hacer más grande mi herida
ofreciéndome la vida
que tan lejos de mí está?

ZAIDA. La noche está oscura. El aire
zumba en esos torreones;
cubren negros nubarrones
la celeste inmensidad;
todo, todo nos ampara
y quiere ayudar mi anhelo:
desde el puñal, hasta el cielo
con su densa oscuridad.

Yo cortaré tus pesares
y pondré fin á tus penas
quitándote esas cadenas...
huyamos ya sin temor;
no soy sombra de un ensueño,
soy la libertad, cristiano
que viene á darte la mano
y á brindarte con su amor.

MANRIQUE. Amor dices? Piensa, esclava,
tu situación y la mía...

ZAIDA. No temas; Alá me envía
tal vez por bién de los dos.
No importa que se quebranten
tu patria y mi patria en guerra,
ni que es tu tierra otra tierra
ni que es tu Dios otro Dios...

Odio al Sultán, y te adoro
á tí con amor profundo;
al escucharte ví un mundo
como nunca conocí.

Quiero vivir en tu patria
y adorar á quien tú adoras
y llorar por quien tú lloras
y dar la vida por tí.

MANRIQUE. Tanto amor pude inspirarte
sin verme una vez siquiera?

ZAIDA. Lo mismo que si te viera
te llevo en mi mente ya;
y si es el amor la vida,
aunque esa vida es mi muerte,
mi vida vengo á ofrecerte
porque tu vida será.

MANRIQUE. Basta, esclava, te rechazo
con sentimiento profundo...
es inútil, hay un mundo
imposible entre los dos;
ni puedo aceptar tu vida
porque compasión mereces,
ni esa pasión que me ofreces
porque la inspira otro Dios.

ZAIDA. Ah! no, cristiano, es lo mismo
en todos el sentimiento;
¿quién puede del pensamiento
las leves alas cortar?
Quién al corazón contiene
cuando no cabe en el pecho
y rompiendo el linde estrecho
se agiganta como el mar?

El amor es luz del alma
que se extiende por el mundo
con potente, con profundo,
con intenso luminaar;
son las plumas de sus alas
el reflejo de la luna,
el arrullo de la cuna,
el incienso del altar.

Yo lo siento, yo lo admiro
cuando dudo, cuando creo;
yo lo siento, yo lo veo
que del viento vuela en pos,
como aliento de la vida
que en los átomos se lanza,
como risa de esperanza,
como ráfaga de Dios.

Es su patria el Universo
donde eternamente mora,
donde siento á toda hora
sus alientos palpitar;
luz hermosa, luz divina
tan fecunda como el suelo,
tan sublime como el cielo,
tan inmensa como el mar.

Yo contemplo en torno mío
sus caricias infinitas:
en las árabes mezquitas
que se elevan en redor
y en las ondas de los mares
y en las gotas del rocío
y en las márgenes del río
y en el cáliz de la flor.

Pura esencia, átomo libre
que en torno del mundo vuela
y todos los sueños vela
y en todas partes está;
esperanza inacabable
que el espíritu sostiene
y en todos los ecos viene
y en todos los ecos vá.

Ese es el amor, cristiano;
él vive en los cautiverios
y hace esclavos los imperios
en su lucha singular;
que es su patria todo el mundo,
porque vuela y es su vuelo
infinito como el cielo,
poderoso como el mar.

(Se oye á lo lejos rumor de voces numerosas)

Escucha, cristiano, acaso me buscan ya; ¿qué, te opones á partir? Si te lo impide la religión de tus dioses, no temas; ahora veremos si ese tu Dios nos socorre y si cuando tú lo llamas oigo yo que te responde, yo seré quien lo bendiga y yo seré quien le adore. Vamos, yo sé los secretos... Buscaré!

(Se oyen de nuevo las voces)

MANRIQUE.

Otra vez las voces!
Huye tú sola y no expongas tu vida, aléjate, corre... es imposible que intentes romper estos esclavones...

ZAIDA.

No, que traigo yo la llave que han de abrirnos esos bronce.

(Se pone á soltar las cadenas de Manrique, y las voces se siguen escuchando cada vez más cerca).

MANRIQUE.

Siento esclava que tu vida peligre por mí; que entonces, mi muerte fuera la tuya, ya que generosa expones por un ser desconocido tu cuerpo á duros rigores. Escucha, ya es imposible, se acercan aquí las voces,

ZAIDA. No hay tiempo, somos perdidos!
Alá, ven, ven y socorre
á tu sierva... Ah! qué idea!
Mientras esa puerta rompen
ganemos tiempo...
(*cierra la puerta*) Ya estamos
más seguros... (*comienza de nuevo á
abrir las cadenas.*)

Se me oponen
estos hierros maldecidos...
Ya están... Huyamos!...

MANRIQUE. Por dónde?

ZAIDA. Voy á buscar la salida,
la trampa...

(*Mientras busca comienza á golpear la puerta*)

MANRIQUE. Caerá á los golpes
esa puerta antes que encuentres
esa trampa que conoces...
pero no importa, que vengan...
dame el puñal, que no gocen
su presa sin que les cueste
sangre á esos tigres feroces.

(*Le dá el puñal*)

ZAIDA. Oh, cristiano, aquí es la hora
de mostrarme á tu Dios... oye,
pídele socorro, pídele
que nos muestre aquí sus dones;
á ver si ese Dios que dicen
que es el autor de los soles,
un rayo de luz nos manda

é ilumina estas prisiones;
á ver si alumbra esta cárcel
y es verdad que te socorre...

(Un relámpago ilumina el calabozo y los vicedadores continúan forzando la puerta).

Luz, ya hay luz!
MANRIQUE. Mi Dios te escucha
y la luz del cielo pone
sobre tus ojos, esclava...
¡ese es el Dios de los soles!

(Zaida abre la trampa á la luz de un segundo relámpago)

ZAIDA Bendito tu Dios mil veces...
ese es el Dios de los dioses...
Huye por aquí... ligero!
Corramos hacia los bosques
hasta ver una bandera
de los barcos españoles.

(Se marchan por la trampa, y cede la puerta para dar paso a los perseguidores, que entran detrás de ellos después de buscar por todos lados).

(MUTACIÓN)



CUADRO SEGUNDO

SELVA

*Salen Zaida y Manrique por uno de los lados.
Manrique herido se oprime el pecho y se apoya en ella.*

ZAIDA. ¿Te hirió el centinela?

MANRIQUE. Sí;
me hirió con profunda herida,
junto al corazón... aquí,

(señalando el pecho)

por donde se vá mi vida...

Fué muy grande su destreza;
por la espalda... de improviso...
mas le costó la cabeza...
ya lo vés, él se lo quiso.

Luchamos, pude más que él;
vino en la lucha á mis manos
cimitarra y alquicel;
sus esfuerzos fueron vanos.

Huyó, pero le dí caza;
y al golpe que lo mató,
todo el odio de tu raza
á mi cabeza fluyó.

Porque odio á tu raza, sí,
mucho más que ella á la mía
y al ver al esclavo allí,
juro por Dios que sentía

que toda tu raza entera,
la que tan altiva es
de aquel golpe no cayera
revolcándose á mis piés...

ZAIDA.

Triste consuelo, ay de mí!
Yo que no aspiro á otros bienes,
solo espero odio de tí,
como á mi raza le tienes...

MANRIQUE.

Ah! no, Zaida, que villano
fuera, pardiez, si eso hiciera...
no te paga el castellano
con dos vidas que tuviera.

Quisiera yo que mi vida
tan pronto no se escapara
por esta maldita herida,
y quien soy te demostrara.

Mas la vida me rechaza
y acaso me quede aquí...
pero el odio de tu raza
es solo amor para tí.

Huye tú... deja que muera
y pon tu vida á seguro...
irme contigo quisiera,
porque te amo, te lo juro.

ZAIDA.

¡Huir yo sola! ¡No, jamás;
no me pidas que te deje
por lo que tú quieras más;
no me pidas que me aleje!

Pide al cielo que en fragmentos
rodando caiga al vacío;
pide por unos momentos
que corra hacia atrás el río;

pide á los astros quietud
y larguezas al avaro
y al asesino virtud
y á la fiera audaz, amparo;

mas que huya, fuera villano...
tu mente no comprendió
qué es un amor africano...
No, que te deje, eso no...

Te adoré en la oscuridad
un año día tras día
y ahora en esta soledad
con la luz, el alma mía,

sintió más grandes anhelos
y ansia más pura y mayor...
ahora la luz de los cielos
hacen mas grande mi amor...

MANRIQUE. Inútil amor que empieze
cuando acabo de vivir!
siento frío! En mi cabeza
siento un extraño latir!...

ZAIDA. Intentemos alejarnos
de aquí... Tu mal no te apure,
porque aún podemos salvarnos
y hallar alguien que te cure.

(Manrique impone silencio con la mano)

MANRIQUE. Escucha, Zaida, ¿has oído?
Silencio ¡Por esa selva
sentí el rumor de unas matas
igual que si las movieran
muchas personas...

ZAIDA. Acaso
andan de nosotros cerca
enemigos más terribles
que los del Sultán!

MANRIQUE. Las fieras!

ZAIDA. Sí, sí; las fieras que tienen
por aquí sus madrigueras

(Con desesperación)

MANRIQUE. Estamos perdidos! Ay!
nuestra muerte es ya tan cierta
que me horroriza: y no temo
por mí que la muerte venga.
Yo la llevo encima, Zaida,
se me escapa el alma entera
por esta herida del pecho...

¡qué pronto puede que tengas
que estar sola!...

ZAIDA.

Va, no pienses
en eso; en tu Dios espera...

(Como hablando consigo mismo)

MANRIQUE.

Y ella que por mí su vida
expuso, y tal vez la pierda,
quedará sola, muy sola,
sin tener quien la defienda,
entre las fieras del bosque
y esa jauría de fieras
del Sultán, que nos persigue...
¡malditos, malditos sean!

(Se levanta con un arranque de energía)

Pero no, me queda vida
y alguna sangre en mis venas
y valor para la lucha...

¡Sigamos! Toma esa senda
y aprovechemos lo poco
de la vida que me queda.

ZAIDA.

Crucemos por este lado
que están las plantas espesas...

(Manrique dá algunos pasos apoyado en Zaida y cae desfallecido)

MANRIQUE. ¿Mas, qué tienes? Palideces?
Ya mis músculos se niegan....

Me falta el aliento, Zaida...
Escucha, ven, ven mas cerca...

(Pausa).

Tengo un beso hace ya un año

rugiendo por que no encuentra
unos labios que lo encierren
ni un amor que lo comprenda;
este beso es de mi madre...
yo lo guardo, ella lo espera
y no tengo quien lo lleve
sin que su calor se pierda;
quiero besarte, besarte
para que tu frente sea
la que recoja mis últimos
alientos antes que muera...
Toma el beso de mi madre...
tómalo, que es para ella...

(La besa)

ZAIDA.

No querrá tu Dios, es bueno!...
Él nos protegió, Él nos presta
su amparo, no... tú no mueres
no querrá tu Dios que mueras.
Yo iré contigo á los templos
donde ese Dios se venera
y doblaré la rodilla
ante su altar; haré ofrendas,
rezaré sus oraciones,
seré cristiana, haré enmienda
y acataré su ley santa
porque es la que tú profesas...
Dios de los cristianos, mira
á esta esclava que hoy comienza
á sentir tu dón divino
visible sobre la tierra!...
Sálvalo, Dios, por su madre
deja que á su patria vuelva!

MANRIQUE. Zaida, huye tú; yo no puedo;
déjame solo que muera...
sálvate tú, y á mi patria
mi último suspiro lleva:
busca á mi madre, á mi madre...
dile que pensando en ella
son mis últimas palabras...
que muero en tus brazos... Quiera
el cielo que tú te salves
y la encuentres y la veas!

(Saca un relicario del pecho).

Toma; en este relicario
verás su imagen... las señas...
llévaselo y dí que quiero
que á rezar á Dios aprendas.
Dale el beso que te he dado
en donde vá mi alma entera...
quiérela como la quiero
que es mi madre, que es muy buena.
Y si la buscas en vano
y en mi patria no la encuentras,
aprende á rezar; aprende
las plegarias que mi iglesia
tiene para los que han muerto,
y en los cementerios entra:
y donde encuentres su tumba
en que sus restos se encierran,
derrama una triste lágrima,
una lágrima siquiera.
Rézale, sí, que no tiene
nadie que rece por ella!

(Muere Manrique)

ZAIDA.

Ha muerto! Quiero venganza!
Ya mi corazón la ansía!
Ya se acabó mi esperanza...
Adios, esperanza mía!

Su acento inspiró un inmenso
amor que jamás sentí...
cristiano, sin duda pienso
que Dios te mandó por mí.

Yo iré á tu patria, yo iré
á donde tienes tu hogar:
y allí aprenderé tu fé
y allí aprenderé á rezar.

Y si tu madre murió
y no puedo darle el beso
que tu boca me entregó
en tu mortal embeleso,

yo guardaré tu memoria
y rezaré por los dos;
si es cierto que hay una gloria
yo la pediré á tu Dios.

Yo cruzaré de tus mares
esas lejanas orillas
y adoraré en tus alteres
tus vírgenes de rodillas.

Desde hoy tu alma vá en mí
como en el cielo el color,
como mi memoria en tí,
como la sencia en la flor.

¡Qué infausta nuestra salida...
qué poco brilló mi estrella!
Tener tan lejos la vida
estando tan cerca de ella!

Poner en Dios la mirada
con tan implacable suerte,
que me dá á su reino entrada
por las puertas de la muerte!

Sentir en el corazón
esperanza y libertad,
y volar esa ilusión
al trocarse en realidad...!

Mal haya el destino que hace
cárcel el mundo en mi pena!
¡Mal haya el pecho que nace
oprimido á una cadena!...

¡Mal haya el dios que ponía
al cielo oscura atalaya
en mi esclavitud impía!...
Mal haya mi amor, mal haya!

(Por el cristiano)

¡En tí mi vida se encierra;
yo iré de tu patria en pós;
desde hoy tu tierra es mi tierra,
desde hoy, tu Dios, es mi Dios!

TELÓN RÁPIDO

El Poema de la Noche

EL POEMA DE LA NOCHE

I

INTRODUCCIÓN

Quiero cantar llorando,
como cantara el pueblo
si el pueblo fuera un alma
que diera vida á un cuerpo.

Quiero cantar lo mismo que mi nación gimiera
llorando sus dolores, sus cuitas y sus duelos;
lo mismo que los hijos
cantaran ante el lecho
de moribunda madre,
fatídicos lamentos.

Lo mismo que cantaran con lastimeras quejas
los pájaros errantes en el espacio inmenso...
Yò quiero que este sea el canto de la noche,
el que en sus alas lleva como gemido el viento,
de los hogares tristes,
de los palacios regios...

Yo quiero que este sea cantar que entona el alma
cuando las sombras densas recorren en silencio

las lúgubres mansiones
del mundo soñoliento,
cuando las sombras llevan suspiros y plegarias,
nostalgias y misterios;
cuando la flor exhala del seno de su cáliz
mortíferos efluvios, fatídicos alientos;
porque las sombras sacan del corazón, dolores,
y de las almas quejas y de la flor veneno.
Por eso mis estrofas quisiera que formaran
el terrenal suspiro que lanza todo un pueblo;
por eso entre las sombras
quiero cantar; por eso
me paso en la ventana
de mi recinto estrecho
las horas de la noche,
cuando los mundos duermen y está todo en si-
lencio,
y de las altas torres oscilan las veletas
como rumor de llantos y susurrar de rezos;
cuando á la mente fluye
más vivo el pensamiento
y allí palpita y ruge aquél volcán ardiente
que tiene sus entrañas quemando en el cerebro,
como las sombras, grande,
como las sombras, negro;
cuando se van el alma
y el corazón del pecho;
cuando la luz no alumbra
la tierra ni los cielos;
cuando dormido calla el mundo que hay por
fuera
y punzador despierta el que llevamos dentro;
cuando la paz es mucha y en la ciudad tranquila
no se oye ni un suspiro, ni tan siquiera un eco...

Entonces miro y dudo
entonces pienso y creo,
y en mi retiro triste la soledad me enseña
como dudando lucho, como luchando espero...
Mi vida está en la noche; y como en ella vivo,
en ella mis cantares palpitan lastimeros...
Mi vida es una sombra, mi vida es la tiniebla
más densa que yo he visto cruzar el universo...
¡Feliz el que no siente la oscuridad del alma
igual que yo la siento...!

¡Felices los que miran la claridad del día
y cantan como cantan volando los gilgueros...!
Yo canto de otro modo... cual pájaro en su jaula,
como el que cruza errante por el espacio in-
menso,

como el que pierde el nido,
como en el sauce el viento...
Mis cantos son más tristes
que los demás; por eso
cuando la noche llega,
el alma vierte en ellos
como las sombras, luto,
como la flor, veneno...

• • • • •
En una noche hermosa sentí latir la llama
de la pasión más pura, de aquél amor eterno;
en una noche hermosa soñé las ilusiones
risueñas de mi alma que para siempre han muer-
to...

Tuvieron poca vida,
duraron poco tiempo...
Y en una noche triste, murieron esperanzas
y amores y deseos...
En una noche triste callaron para siempre

sus labios, y sus ojos nublaron los destellos;
aquellos ojos grandes,
aquellos ojos negros
del alma de mi alma
que yo canté en mis versos...

En una noche triste metieron á mi vida
en una caja estrecha para llevarla lejos...
Por eso me convidan las noches, y me paso
las horas reclinado sobre el dintel estrecho
de mi ventana oscura... Allí miro la sombra
y allí miro los cielos;
porque en los cielos vive
el angel de mis sueños.

Pregunto á alguna estrella; pregunto, pero en-
tonces
parece que se burla de mi anhelante empeño,
huyendo de mi vista en desigual carrera
para que yo no pueda saber lo que pretendo:
¡saber donde está el alma
de la que ya no espero...!

• • • • •
¡Y aun quieren que en mis cantos palpiten los
aromas
de las lozanas flores...! ¡Aun quieren que mi pe-
cho
exhale en los suspiros esencias y fragancias,
esencias que no aspiro, fragancias que no tengo!...
Si entre las sombras vivo, no esperen otra cosa,
no esperen que yo vierta balsámicos alientos...
¡Yo les daré á las sombras, como las noches, luto,
como la flor, veneno...!

II

SOMBRA S

Al caer de la tarde, cuando el cielo
muestra con melancólica sonrisa
su rostro gris y se parece al triste
mendigo que cansado del camino
se sienta á descansar en la montaña
á reponer sus fuerzas que se pierden,
parece la decrepita Natura
un espectro diforme y tembloroso
que semeja un anciano que ágoniza.

Las montañas, cubiertas por la nieve,
son las heladas canas
que cubren su cabeza,
y luego desatándose en mil giros
parecen los arroyos
los cabellos de plata
deslizados al fondo del abismo
del cráneo tembloroso,
por la atracción de inmensa sepultura.

Se ve el pecho desnudo,
acartonado y seco de los campos,
donde luchan sin vida las semillas
contra el aliento helado de la muerte,
bebiendo con fruiciones de agonía
los últimos reflejos de los rayos
que el sol les presta, para dar abrigo
á los muertos pulmones de la tierra,
que no tienen siquiera los calores
de una fiebre que abraza sus entrañas.

El viento repercute
por valles y colinas,
por montes y llanuras,
haciendo mil girones el vestido
caduco y sin color del triste anciano,
y rueda en mil fragmentos
en forma de hojas secas,
dejando sin amparo
el inmenso esqueleto tembloroso
de bosques y alamedas,
cuyo manto riquísimo se pierde
salpicado de lodo
en el turbión crecido de los ríos...

El rumor de los aires
no es el canto robusto y candencioso
que otras horas fecundas
entonaron las hojas y las plantas:
es el trémulo y débil
estremecer de ramas que semejan
el ruido monótono de huesos
que chocan levemente
al compás de la voz que el viento engendra,
igual que un ¡ay! ahogado en la garganta
y repetido alternativamente

durante la agonía fatigosa
del anciano que dobla la cabeza
al peso ineludible de los años.

Y en medio del continuo
agonizar de seres y de cosas,
tiende la noche el manto
sobre el frío cadáver solo y triste,
y limpias de vapores las atmósferas,
transmiten más intensas las innúmeras
luces que las estrellas dan al mundo,
como colgados cirios en los cielos.

¡Grandioso funeral! Como grandioso
es el ser á quien presta sus exequias.

El anciano decrepito, el que tuvo
por mocedades primaveras ricas

de flores y perfumes,
cuajadas de esperanzas;

el que tuvo un estío
rebosante de frutos

y pródigo en riquezas

que repartió á los mundos amoroso.

Por eso muere así, como el anciano
que antes grabó con páginas doradas
de fecundas espigas,

sus obras bienhechoras

y dejó en los archivos del granero
sus memorias brillantes.

Por eso muere así; con esa muerte
gloriosa de los héroes

á quienes presta entero el universo

los honores altísimos,

con las más puras luces

que puede dar el cielo

más limpio y despejado y trasparente,

para servir de insólito sudario
á la Naturaleza que agoniza...

.
Murió la tarde. En la montaña altiva
ni una nube siquiera; las llanuras
perdiéndose en la nada cual sudario
del cadáver vencido por las sombras;
el mar rugiendo, estrofas funerarias
remedaba en sus olas; las tinieblas
ciñendo poco á poco entre sus pliegues
la colosal garganta de los mundos
como queriendo ahogarle; las campanas
á media voz lanzaban el gemido
que del pecho del mundo agonizante
se escapaba en la angustia de la muerte...

Poca luz, poca luz, mucho silencio,
las tinieblas cubriendo el horizonte
y mostrando en su vuelo el infinito...

Cielos, mares, montañas y desiertos,
perdidos en la tumba de la noche;
yo, viviendo sobre ella, deliraba
entre aquella necrópolis sin luces;
me tocaba velar y así pensando
sentí la inmensa fiebre del delirio
y volé con las alas de las sombras
por aquellos pacíficos lugares
donde la soledad tiene su imperio.

Siguiendo de su amor la triste huella,
busqué anhelante la mansión oscura
de mis risueñas horas; cuatro luces
siniestras les mostraron á mis ojos
aquél rostro de pálida belleza
como las hojas de la flor caídas.

Sintió la luz mi alma. Luz terrible

fatídica, siniestra y detestable
la que en cuerpo sin vida resplandece
mostrando la hermosura de otro tiempo...
Quise salir de allí; busqué las sombras
y las hallé en el rostro del cadáver,
producidas en torno de las flores
que otras veces formaron sus mejillas...
Las pestañas profusas, interpuestas
á la luz de los cirios, un crepúsculo
de nubes negras sobre el sol que muere;
el cuerpo aquél vencido por tinieblas
luchando con las luces impasibles;
¡rayo del alba que murió en la noche
sin besar á los mundos en el día...!
Y me alejé; salí de aquellas luces
buscando oscuridad, donde la mente
pudiera confundir el pensamiento,
pero las altas torres formularon
lastimero clamor con sus campanas,
las que vibrando de dolor parece
que, llamándome al claustro, me decían:
—¿Que buscas? ¿Dónde vas? Este es el templo
donde las almas viven con reposo
cuando cerrado está: pasa y medita.
Y entré en el templo. Examiné la nave
desierta y fría de la iglesia oscura,
cuyas amplias capillas ostentaban
como pliegues de tétricas cortinas,
formados por las sombras y prendidos
con botones de luz en el espacio
donde trémulas lámparas ardían.
Y pude meditar. Sentí en el alma
la dulce compañía de las sombras,
genio creador, cimiento de los mundos...

la claridad engendra la mentira;
si no hubiera tinieblas, fuera inútil
la redentora fé, la paz del mundo.
Sin infinito caos tenebroso
no surgiera brillante el Universo...
¡Oh poder soberano de las sombras,
genio creador y vida de los astros!
Así pensé, y en tanto divagaba
por los confusos ámbitos del templo,
y cuando más la soledad tranquila
brindaba al corazón su triste asilo,
vino á turbar la calma del silencio
voces de niños, salmodiar de ancianos,
gritos de lastimeras despedidas,
procesión enlutada, y finalmente
sobre blanco ataud, rígido cuerpo.
No sé lo que sentí; dolor ó rabia,
soberbia ó humildad, valor ó duda;
la oración de los muertos en mi mente
ó la infame blasfemia entre mis labios...
Corrí, corrí... como se corre en sueños:
huyendo de los monstruos, y los monstruos
descargando sus mazas en mis sienes;
descendiendo al abismo, y el abismo
sin mostrarme su fin; siempre bajando
y siempre más camino por delante...
Esa es la vida... Los abismos crecen
y las ansias también; siempre en espera
y cuando el fondo al fin hemos tocado,
cuatro palmos de tierra recorrimos
que sirven de descanso en la partida.
Esa es la fosa; donde para todo:
los sueños de la gloria tan sublimes
que no pudieran encerrar los mundos,

un puñado de tierra los envuelve...
Lo más inmensurable, lo más grande
que puede concebir la mente humana,
llega á ocupar el reducido trecho
que la sombra de un sauce ampara y mide...
¡Y aun se lucha y se aspira y se codicia
gloria, poder, grandezas y placeres,
mientras el polvo que los pies levantan
nos va inclinando hasta cubrir el cuerpo
en el recinto estrecho de una tumba...!
Allí bajó aquel féretro, llevando
los albores de un mundo de esperanzas
y el resto de otro mundo de ilusiones.
Dejó allí el vulgo la última mentira,
y el sacerdote la verdad postrera...
Después... nada: un cadáver que se pierde,
un puñado de tierra removida,
sauces que gimen, cruces que nos llaman,
y la estridente carcajada histérica
que lanza el mundo en convulsión estúpida.

.
Y desperté del sueño. El firmamento
no mostraba una estrella en todo el Orbe,
y la ciudad, perdida en las tinieblas
lo mismo que los mudos cementerios.
Allá lejos, muy lejos de mi vista
un inmenso palacio destacaba
sobre aquél laberinto negro y mudo
sus salones con luz resplandeciente.
Miré cruzar parejas que en la danza
daban su culto impúdico á Terpsícore,
y los senos desnudos provocando
las pasiones estúpidas del cuerpo.

La cúpula asquerosa se vestía
con el ropaje níveo de los ángeles
y enseñaba sus carnes la elegancia
con alardes purísimos de Virgen...

¡Cuántos—pensé—con lágrimas y frío
enseñarán sus cuerpos miserables,
viendo que aquel abrigo que les falta
es el que han despreciado aquellos pechos!...

Tal vez en la portada del palacio,
descalzos seres pedirán limosna
con sus cuerpos al aire... ¡qué contraste!

Desnudos, que la ropa les molesta,
desnudos, porque no tienen abrigo...
arriba canta el vicio descubierto,
abajo llora la virtud desnuda....

Cerré los ojos y aparté mi vista,
porque la luz aquella me quemaba;
que siempre ví la luz más clara y pura
donde se quema á Satanás incienso.

Vino á sacarme del sopor nostálgico
algo extraño en la calle y á tal hora;
sonó un golpe violento en los cristales
de algún balcón cerrado que se abría,
y turbaron la paz de aquél silencio
un grito de terror y otro de rabia.

En un ángulo oscuro de la calle
se agolpaba la gente y se escucharon
los ayes de algún cuerpo moribundo
y el llanto lastimero de otros seres.

Creció el tumulto de curiosos; luego,
el rumor terrorífico que cuenta
los detalles de un crimen cometido:
el puñal de un celoso parricida
que lavaba con sangre el profanado

lecho de amor, por la mujer perjura.

Después, un hombre preso que lloraba
y que contesta al juez de esta manera:

«Yo la maté; no tengo que negarlo,
porque no soy cobarde ni asesino:
le dí tres puñaladas en el cuerpo
y acabó de vivir; pero antes ella
me estaba asesinando poco á poco
con puñaladas hondas, en el alma...

Si es ley la ley, que aprecie y que aquilate,
que juzgue y que sentencie con justicia:
yo le clavé en el cuerpo, y está muerta,
ella me hirió en el alma, y estoy vivo...»

III

CREPÚSCULOS

Cesó el rumor de voces y la ciudad desierta,
volvió á quedar dormida...
Pasaron los instantes de soledad y calma
muy pronto, como pasan los goces y las dichas:
las sombras comenzaron allá por el Oriente
en lucha con el dia;
ardió de una tiniebla la blonda imperceptible
que estaba el horizonte cubriendo, y encendidas
mostró la mar sus aguas, el cielo sus regiones
y el campo sus espigas.
Como titán gigante vencido por la Aurora
huyó por Occidente la oscuridad sombría;
la luz de las estrellas perdióse lentamente
porque al morir las sombras también cesó su vida.
Cantaba el Universo el himno sacrosanto
que el alba entona siempre sobre la cumbre al-
tiva
de la oriental montaña; surgieron de los mundos

rumor de melodías;
surgieron los almendros con sus profusos pomos
como caudal de púrpura que cubre la colina;
abrió sus hojas verdes
la casta sensitiva;
el girasol, mostrando al astro luminoso
sus flores amarillas,
el beso de las luces
al alba le pedía;
callaron los rumores de las salvajes ondas
sobre la mar tranquila;
las ondas enlutadas tornáronse en espuma
para besar las rocas inmensas de la orilla...
Naturaleza triunfa... Las sombras de la noche
dejaron en los mundos por vencedor al día,
llevándose en sus pliegues el sueño de mi alma
y en medio de aquél sueño, las esperanzas mías.
Dos sombras solamente vencieron á las luces
quedándose en la tierra, porque ella las abriga:
la sombra de aquél sauce que está sobre la tumba
donde dejé mi vida;
la sombra de mi alma más negra que la noche,
que no se borra nunca, ni con la luz que brilla
por todo el Universo
cuando la luz palpita.
El sauce, con sus ramas
frondosas y extendidas,
parece en el silencio
que piensa y que medita.
Parece que lo han puesto sobre la tumba aquella
porque la luz no turbe la soledad tranquila,
y, así, cuando de noche la luna se levanta
sobre las negras cruces de la mansión bendita,
el sauce abre sus brazos y cubre aquella fosa

de sombra húmeda y fría.

Y cuando luce el alba colores transparentes
y el sol sobre los cielos con paternal caricia
besando vá los mundos con sus ardientes rayos,
el sauce, siempre inmóvil, sobre la tumba mis-
ma,
la misma sombra siempre, luchando con las lu-
ces

del placentero día...
Allí la eterna noche
parece que está escrita;
debajo de aquél sauce,
la noche se cobija.

También el camposanto de la igualdad se aparta
y allí donde la muerte su bienestar nos brinda,
hay tumbas que parece que el cielo las bendice
y el sol las acaricia...

hay tumbas que parece que el sol las abandona
y el aire las desprecia y el cielo las olvida...

Yo llevo la otra sombra también dentro del alma
y en mí vive la noche como en la tumba fría.

Yo vivo en las tinieblas...

Mi sauce es un recuerdo que en mi cerebro anida
y dá sombra en la noche
y dá sombra en el día.

Ni que la luna alumbre con resplandores diáfanos
ciudades y desiertos, llanuras y colinas;
ni que del sol los rayos me quemén y me abra-
sen,

cubierta está mi alma de oscuridad sombría...

¡La misma sombra siempre luchando con las lu-
ces

del resplandor que brilla...!

El sol mostró las flores que estaban por la noche

sin su color, marchitas;
tornó en gallardas torres los mágicos espectros
que dieron las veletas cuando al girar, gemían;
rizó del mar las ondas que fueron un sudario
cuando tuvieron sombras las aguas infinitas;
iluminó los mundos y fecundó la tierra,
sembró las esperanzas la luz y la alegría,
al bosque dió ramajes,
al campo le dió espigas;
mostró al creyente el cielo más puro y más her-
moso
que estaba en las tinieblas, como la gloria mis-
ma...
Y en cambio, aquella tumba no siente los calo-
res
ni los dorados rayos, furtivos, la iluminan
ni llega hasta mi alma su claridad intensa,
su luz y su alegría...
¡La tumba y yo tenemos
la eterna noche escrita...!
La tumba tiene un sauce luchando con las luces
aunque la luna alumbra, como si alumbra el día,
y yo tengo un recuerdo que no se borra nunca,
lo mismo que aquel sauce, luchando con la vi-
da...



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Un telegrama.	5
Las hojas secas.	21
La ola negra.	25
Otoñal.	27
Máscaras.	29
La canción de los álamos.	31
La sed del alma.	35
Mañana de Pascua.	37
Mareas.	39
La cruz negra.	41
La carcoma.	45
La venganza de las flores.	47
Caín.	51
El cantar de Mayo.	53
La trilla.	57
Los esclavos.	61
El poema de la noche.	87



Obras del mismo autor

SIEMPREVIVAS.—Poesías.

PACO CAYUELA.—Monólogo.

RELÁMPAGOS.—Un telegrama.—Poesías.—Los es-
clavos.—El Poema de la noche.

PRECIO: *Una Peseta.*